

## **El tesoro de la selva**

En el artículo “Posibilidades americanas del Perú”, nos quedamos, el lector —si alguno quiso seguirme en la travesía del Perú, de Este a Oeste—, el lector supuesto y yo, a orillas del Ucayali, exactamente en Pucallpa, término de la carretera central que arrancando de Lima sube y baja por la sierra (de la costa sombría a la puna helada, de esta altiplanicie a los valles risueños y, de estos valles risueños, a los hoscos de la montaña).

Oficialmente, aunque no ya en la realidad, la capital de la amazonía peruana se halla más arriba, en el paraje donde se unen con tal ímpetu el Ucayali y el Marañón que nace al instante el Amazonas. Dicha capital, Iquitos, ha corrido una suerte igual a la de su hermana, la capital amazónica del Brasil: Manaos. Las dos capitales ribereñas del inmenso río tuvieron sus días de esplendor cuando el caucho amazónico fue una necesidad mundial. Eran entonces ciudades remotas, imprecisas, apenas reales, unidas solamente al mundo por el río interminable. Eran geográficamente, desorientadoras. Resultaban lejanas, más que de París y de Londres, de Río de Janeiro y de Lima. Importaron íntegramente edificios europeos. Tuvieron salones y teatros, vajillas y bodegas. Doña Economía, sacando los pies de sus chancletas de andar por casa y calzando el coturno con que el hado da sus pasos fatales en la tragedia, convirtió a las dos capitales amazonas, a las dos amazonas capitales, de urbes hechizadas en ciudades fantasmas. Bajo el aspecto vulgar de una desvalorización de su caucho, sufrieron los efectos de un hechizo pitagórico, de números. En la amazonía peruana, contra Iquitos decadente, se levanta pujante Pucallpa. Ésta ya ciudad, pueblo todavía ayer, lugar de aserraderos de madera, se encuentra en una situación económicamente estratégica para penetrar en la selva: no

sólo está unida a Lima por carretera y es el término de ella de la carretera central, sino que también ha de ir a parar allí el ferrocarril proyectado como cordón umbilical de las entrañas de la sierra, del Tambo del Sol, a la selva virgen. El valor estratégico de Pucallpa no había sido desconocido por los primeros violadores europeos de la selva peruana, los misioneros católicos.

Pucallpa, desde antes de tener carretera y aserraderos de madera, es la sede de una misión franciscana. De los españoles que venían a América, durante los virreinos, los clérigos, regulares o seculares, fueron mucho tiempo los únicos intelectuales. ¿Y los guerreros cronistas? ¿Y los letrados auditores? —se dice uno enseguida contra la anterior afirmación. Pero los tales, por sagaces que parezcan sus informes e imparciales sus juicios, se hallaban al servicio directo del Estado. No se dio entre ellos un padre Bartolomé de las Casas, el primer intelectual demagogo español. La función social de lo que en nuestra época se ha llamado —y se está dejando de llamar por el abuso y confusión a que ha dado este calificativo— “intelectuales” tuvo que estar desempeñada por las órdenes religiosas y los clérigos sueltos. Los conventos eran las bibliotecas, las universidades los periódicos. Los misioneros y los párrocos asumieron la actitud desinteresada —hasta cierto punto— con el indio. Desinteresada personalmente, sometida al interés de una fe, la fe en una civilización. Le hablaron al indio en su idioma y se lo enseñaron, lo estudiaron gramaticalmente. A través de los conventos y los clérigos, la doble acción de dar creencias e ideas y de tomar nuevos conocimientos y recoger tradiciones, canciones, nombres, toda clase de objetos espirituales, se ejerció sobre todo en la sierra; y desapareció paulatinamente mientras la nueva sociedad diferenciaba sus órganos y la Iglesia dejaba de tener el monopolio de la intelectualidad. Las misiones católicas en la selva son una supervivencia de las antiguas en la sierra, no se han renovado, se han quedado anticuadas. Siguen siendo heroicas: todavía en el sur de la selva del Perú, en la misión de Madre de Dios hay un padre Fernández, de luengas barbas, que, después de haber expuesto su vida en varias excursiones, acaba de ganar la guerra religiosa que llevaba contra una de las pocas tribus selváticas, indómitas aún. Las misiones protestantes que se

han establecido en la selva modernamente pueden emplear otros procedimientos.

Vecino a Pucallpa, a orillas del lago Yarinacocha, se halla el establecimiento central de la misión que tiene en el Perú, todo el año, el llamado Instituto Lingüístico de Verano, adscrito a la Universidad de Oklahoma. Es un pueblo de madera, en la misma selva, provisto de los instrumentos modernos que le son necesarios. Mantiene ya el contacto con veintitantas tribus por medio de la radio y de hidroavionetas que pueden acuatizar en los ríos y aterrizar en los claros del bosque. Aseguradas las comunicaciones, los profesores del Instituto se dedican a estudiar los idiomas selváticos (algunos, en algunas modalidades, más complicados que los europeos), a alfabetizarlos, a los idiomas y a los indios, y éstos aprenden a escribir, a conocer su lengua (puesto que todos los hombres, como el personaje de Molière, hablan sin saberlo, instintivamente), y luego cuando lo conocen, aprenden mejor el castellano. El Instituto obtiene así maestros indígenas para las escuelas bilingües sostenidas en la selva por el Ministerio de Educación, utilizando conocimientos, métodos y medios científicos más eficaces, realiza con los indios de la selva lo que efectuaban las misiones católicas con los indios de la sierra: les dan otra cultura y la doctrina cristiana, pero no la romana, la protestante. Los profesores del Instituto son religiosos y tienen vocación de misioneros. A causa de tal vocación han ido a la Universidad de Oklahoma a estudiar en la institución lingüística madre; en la colonia de Yarinacocha, además de los lingüistas y para que éstos puedan hacer su oficio, hay, naturalmente, otros hombres ejerciendo los oficios más diversos, todos con el mismo ánimo religioso; han traído a sus familias y algunos ganan menos de lo que ganarían en Estados Unidos.

Las misiones católicas se inquietaron y se hicieron a su vez protestantes, quiero decir que protestaron. Su protesta pública fue apoyada por todo el episcopado del Perú, nación oficialmente católica. Dejando aparte la cuestión eclesiástica y sin tener en cuenta la política que fue la que prevaleció en el gobierno, obligado a valerse de todos los elementos para apropiarse de la selva, no parece que la disputa de las misiones sea de mucha importancia religiosa. El indio selvático, si llega a percibir algo de la religión de

Cristo, debe de estar todavía muy lejos de comprender los graves problemas que separan a las religiones cristianas. Lo que hace mella en él es que le lleven en avioneta a Yarinacocha y un médico le cure en la clínica las fiebres y las llagas. El médico es quien acaba, al par que con las enfermedades, con el brujo, el hombre-medicina y el animal totémico. Nuestra civilización, antes de sustituir la fe religiosa, la destruye.

El pleito de las misiones católicas, perdido ante el gobierno del Perú, ha ido al Vaticano y en este alto lugar, para arreglarlo debidamente, han tenido una idea, puesto que se trata de América, como la del huevo de Colón. ¿Cuál es el fondo del asunto? Que las misiones católicas no cuentan con recursos como las de los protestantes. ¿Por qué? Porque las protestantes son norteamericanas y las católicas no. Pues, entonces, no hay más que cambiar las misiones católicas y hacer que sean norteamericanas también. Sabido es que el catolicismo está en alza en la bolsa de los valores religiosos de Estados Unidos. Nada más fácil que encontrar una congregación católica estadounidense dispuesta a enviar una misión a Pucallpa que sustituya a la secular de los franciscanos. Éstos se han lamentado mirando al cielo para bajar enseguida más humildemente la cabeza encapuchada en señal de obediencia. La disputa entre las misiones de Pucallpa se insertará por tanto en la lucha religiosa de protestantes y católicos de Norteamérica, exceptuando sólo a México, pues el Canadá toma parte en ella. Estados Unidos es, sin duda, en muchos aspectos, la nación más avanzada del presente; a pesar de ello, sus relojes históricos marchan con retraso en comparación con los de Europa, apuntan todavía la hora de la guerra de razas y no sería extraño que señalaran la de las guerras de religión. De todos modos, el Vaticano ha realizado una buena operación en Pucallpa: ha reforzado la misión católica y ha quedado bien con los norteamericanos, que son ahora su sostén más fuerte. Ha quedado mal con los españoles (los franciscanos de Pucallpa son españoles, como tradicionalmente lo son todos los monjes de las antiguas misiones peruanas); sin embargo, el quedar mal con los españoles no ha de hacer que España disminuya su servicio al Vaticano y a Estados Unidos.

La operación puede asimismo resultar buena para la explotación de la selva y la superación del indio. Las avionetas religiosas de Yarinacocha no llevan solamente lingüistas; si se presenta la

ocasión, llevan también a un explorador o a un geólogo o a un industrial. Hace más de un año que están arrollando y civilizando la selva no lejos de Pucallpa, las poderosas máquinas del conocido industrial yanqui, Letourneau, correligionario de los lingüistas protestantes de Yarinacocha, seguro de triunfar en su empresa pues cuenta, según reveló él mismo en unas declaraciones públicas, con un colaborador que no falla, cuyo nombre no quiso ocultar: Dios. Con la ayuda de Dios y de las máquinas, en la línea aérea de Lima a Pucallpa, se puede hacer una nueva escala: Tournavista. Pero el tesoro de la selva no es la colonización. Lo está buscando en estos días afanosamente, como antaño buscaban El Dorado los conquistadores españoles, un avión norteamericano fletado por las compañías petrolíferas, provisto del sistema de navegación llamado “sendero polar” y de un magnetómetro que cuelga (30 metros) del avión. La brújula del “sendero polar” permite volar en línea recta mientras el magnetómetro va trazando el “perfil magnético” de la Tierra a lo largo de unos 16 000 kilómetros de la selva, es decir, que va registrando todos los cambios en la estructura magnética del subsuelo terrestre. Dicho perfil sirve a los geólogos para determinar la situación de posibles yacimientos de petróleo. Éste es el presumido tesoro de la selva peruana. Desde luego con su hallazgo y hasta es probable que sin él, de continuar los médicos curando a los indígenas, puede resultar que los indios selváticos, primitivos, sean incorporados a la economía del Perú antes de que los indios descendientes de las grandes civilizaciones preincaicas de la sierra y de la costa.

*(El Nacional, 15 de septiembre de 1956)*